

CAPITULO VIGÉSIMO QUINTO

1829.—Negociaciones entre el ministerio y los diputados liberales; inteligencias.—El rey y su consejo.—El príncipe de Polignac: sus antecedentes, su carácter. Carlos X le llama á París. Los ministros se niegan á admitir á Polignac en el gabinete.—Apertura de las Cámaras. Discurso de la Corona.—Presentación de dos proyectos de ley sobre la organización de los municipios y de los consejos generales. Discusión del proyecto de ley sobre la organización departamental. Ambos proyectos son retirados. Ruptura entre el ministerio y la izquierda. Portalis es nombrado ministro de Negocios extranjeros y Bourdeau ministro de la Justicia.—Discusión de los presupuestos. Ultimos debates.—Caída del ministerio Martignac.—Ministerio Polignac. Conmoción causada en todo el reino.—Viaje de Lafayette por Auvernia y el Delfinado; ovaciones que se le hacen.—Visita del Delfín á Normandía.—Asociaciones contra el pago de los impuestos. Procesamientos.—Actitud del ministerio. Dimisión del señor de la Bourdonnaie; le substituye el Sr. de Montbel.—Recepción de 1.º de año en las Tullerías. Convocatoria de las Cámaras. Plan y proyectos de Polignac para la legislatura.—Apertura de las Cámaras. Discurso de la Corona.—Mensaje de la Cámara de los diputados. Consejo de ministros; resoluciones tomadas. Contestación del rey al Mensaje. Prórroga de las Cámaras.—Sociedad *Ayúdame y el cielo te ayudará*; su origen, su composición y su influencia.—Informe confidencial de Polignac á Carlos X.—Destituciones. Pastorales de los obispos. Traslación de las reliquias de San Vicente de Paúl.—Cuestión de Argel: su origen; su desarrollo; insulto al cónsul de Francia; bloqueo; ataque contra un buque parlamentario. Plan de Polignac para obtener satisfacción; expedición acordada.—Reunión de la flota y del ejército en Tolón. Oposición de las naciones extranjeras. Protestas del gobierno inglés. Revista de la flota por el Delfín; salida del cuerpo expedicionario.—Disolución de la Cámara de diputados. Modificación ministerial. Preparativos electorales. Manifiesto del rey. Elecciones.—Expedición de Argel. Misión de Tahir-Pachá. Desembarco del ejército en Sidi-Feruch. Batalla de Stanél. Toma del castillo del Emperador. Rendición de Argel.—Elecciones, resultado general.

El año de 1829 empezó bajo los más favorables auspicios. La tranquilidad, en los espíritus, sucedía á la agitación; las clases medias, ávidas de reposo, acogían con confianza la perspectiva de una situación exenta de las inquietudes que turbaban, hacia ya tres años, la seguridad de sus intereses morales ó el desarrollo de sus intereses materiales; hasta la generalidad de los individuos de la oposición tendían á acercarse á la monarquía legítima. El ministerio, comprendiendo la conveniencia de dar á la izquierda de la Cámara algunos altos cargos administrativos, ofrecióle dos carteras y una dirección general y le prometió nombrar pares de Francia á varios diputados constitucionales influyentes y activos, capaces de agrupar en torno de ellos los desperdicios del antiguo Senado, los generales y administradores de la República y el Imperio, en una palabra, á todos los adversarios del viejo orden político. Pero el rey, que no tenía gran confianza en ninguno de los individuos del gabinete, aprovechó la ocasión de haberse puesto enfermo el Sr. de la Ferronnays, ministro de Negocios extranjeros, para designarle como sucesor al príncipe Julio de Polignac.

Hijo de la duquesa de Polignac, la célebre favorita de María Antonieta, el príncipe Julio llevaba un nombre cuya impopularidad se remontaba al siglo anterior, y no había dejado de influir en la triste suerte de la esposa calumniada de Luis XVI. Emigrado con su madre á principios de la Revolución, entró algunos años después al servicio de Rusia, de donde partió en 1800 para juntarse en Inglaterra con el conde de Artois, que lo había visto nacer en Versalles; agregado á la persona de este príncipe, y arrastrado por Pichegru en el complot de Jorge Cadoudal, sufrió diez años de prisión, para volver, en 1814, al lado del hermano de Luis XVIII, en calidad de ayudante, Polignac ha sido objeto de juicios casi siempre demasiado absolutos. De carácter á un tiempo ligero y tenaz, de una inteligencia limitada y propensa á las ilusiones, Polignac unía á una rara energía de corazón una gran debilidad de espíritu. Be-

névolo y fácil en sus relaciones particulares, fiel á su palabra y á sus amigos, agradecido á los favores y olvidadizo del daño recibido, era vano, presuntuoso, y tenía en sí mismo confianza tanto más ciega, cuanto que se hallaba sostenida por firmes y ardientes convicciones que exaltaban hasta el fanatismo su fe política como su fe religiosa: realista, había arrostrado el patíbulo por sus opiniones; católico, hubiera subido á la hoguera por sus creencias. Representante de Francia en Londres desde 1823, había perdido algo de su repugnancia por las instituciones nuevas ante los resultados del régimen constitucional para la grandeza y prosperidad de la Gran Bretaña, y había adquirido una práctica en los negocios del Estado que hacía injusta la reputación de incapacidad absoluta que iba unida á su nombre. Al enterarse de que el rey le había llamado con urgencia á París, todas las oposiciones dieron un grito de alarma, pues le señalaban como adicto al partido clerical, enemigo implacable de las instituciones constitucionales, campeón del absolutismo, jefe de la Congregación, agente del extranjero é instrumento del duque de Wellington. El conde Roy y Martignac estaban dispuestos á aceptar en el príncipe de Polignac el apoyo que faltaba al gabinete cerca de la persona del monarca, pero los demás ministros oponían á esta combinación una resistencia que decidió á sus compañeros á negar la entrada en el gabinete al candidato de Carlos X. Este no hacía más que insinuaciones, que sus consejeros fingían no comprender. Mientras tanto, Polignac, con el valimiento que le daba el apoyo del rey, procuraba constituir en la Cámara electiva un partido bastante fuerte para servir de base y sostén á una combinación ministerial formada bajo su influencia. Abriéronse las Cámaras el 27 de enero, y el discurso de la corona anunció la presentación de una nueva ley orgánica de los municipios y consejos generales. Después de haber unido al partido clerical con la pequeña fracción ultramonárquica dirigida por La Bourdonnaie, el príncipe de Polignac se volvió á Londres.

La organización municipal y departamental existente era todavía la del Imperio. La Restauración no había introducido en ella ningún cambio. Los administrados no intervenían para nada en la elección de los consejeros, que eran directamente nombrados por la administración, la cual absorbía de esta manera todos los poderes y todos los derechos, y no tenía, para fiscalizar sus actos ó comprobar sus cuentas, en cada localidad, más jueces que los que ella misma nombraba. El rey nombraba á los ministros; los ministros nombraban á los prefectos; los prefectos presentaban al gabinete las propuestas para el nombramiento de los consejeros de distrito y de departamento, y nombraban los consejeros municipales, á propuesta de los alcaldes que ellos mismos habían elegido. Era la autocracia ministerial ejercida en su acción más enérgica respecto á la administración de los intereses materiales y morales de cada departamento y de cada municipio.

Ambos proyectos de ley ponían término á esta organización, triste legado del despotismo imperial, reemplazando la acción de la autoridad con el principio de la elección, si bien el sufragio se limitaba á los notables y á los mayores contribuyentes. Al adoptar una base electoral tan restringida, el ministerio esperaba escapar á la acusación de abrir aquellas corporaciones á la invasión de la democracia. La derecha parlamentaria combatió el principio del sufragio, llamado, según ella, á causar una verdadera revolución administrativa. El cambio determinado por las elecciones de 1827 se limitó á los funcionarios ministeriales. Liberal en sus esferas superiores, la administración seguía siendo congregacionista en cada localidad. El partido clerical imprimía á los negocios y á las autoridades de los pueblos una dirección contraria á la que seguía el gobierno. Las nuevas leyes iban á tener por inevitable resultado el arrojar de sus últimas posiciones á los hombres de la Congregación. El ministerio acababa de cumplir su promesa hecha á la mayoría de la Asamblea, la cual á su vez resolvió apoyar al gobierno.

Sin embargo, por una singularidad de la situación del gabinete, su proyecto de ley, combatido en la Cámara por los diputados de la derecha como una concesión exorbitante y por los diputados de la izquierda como una satisfacción insuficiente, no tenía más defensores que los ministros. La verdad es que Martignac se bastaba sólo para ello. Su talento de orador, desarrollado por la lucha, se había elevado con su situación. Pocos ministros habrán sabido desplegar un arte tan perfecto y una habilidad tan sostenida como los que desplegó Martignac en la discusión de la ley departamental, pero sin resultado para la causa que defendía. La derecha, con la fuerza de su organización y el apoyo del rey, estaba resuelta á precipitar la caída del gabinete, segura de poderse repartir la herencia. Discutida la totalidad del proyecto de ley, se procedió á la votación de los artículos. La Cámara votó una enmienda al artículo primero, votación que equivalía á una ruptura entre la mayoría y el gabinete. Mientras continuaba la sesión, Martignac y Portalis fueron á las Tullerías á dar cuenta de lo ocurrido al rey. Vueltos á la Asamblea, Martignac subió á la tribuna y leyó un decreto retirando los dos proyectos de ley sobre la organización de los municipios y de los consejos generales. La alianza de la iz-

quierda con el ministerio quedaba rota, y el antiguo partido liberal perdía sus probabilidades de alcanzar el poder.

Carlos X se había contentado con *reinar* durante el tiempo que Villèle, apoyado en una Cámara amiga de la religión y de la monarquía, dirigió la administración del Estado. Habían transcurrido diez y seis meses desde la caída de este ministro, y las continuas concesiones hechas á sus débiles sucesores no habían tenido más resultado, en concepto del rey, que comprometer los derechos de la realeza y poner á la monarquía en la pendiente de una nueva revolución. Carlos X se creía, pues, obligado, por el bien de la corona, á intervenir de una manera más activa y más personal en la alta dirección política del Estado, es decir, á *gobernar*. Los ministros presentaron al rey una lista de nombres para la provisión de la cartera de Negocios extranjeros, que el monarca dió al Sr. de Laval-Montmorency, embajador de Francia en Viena, hombre moderado, pero sin significación y sin antecedentes políticos. Mas, advertido por sus amigos de la situación insegura del gabinete, y asustado de las críticas que su nombramiento había provocado en los periódicos que preconizaban á Chateaubriand, el Sr. de Laval rehusó la cartera. Entonces la aceptó en propiedad Portalis, que la desempeñaba interinamente, con la promesa de que se le reservaría la primera presidencia del tribunal de casación, vacante por fallecimiento de Henrión de Pansey. Para suceder á Portalis en el ministerio de la Justicia, el rey eligió al subsecretario Sr. Bourdeau, á pesar de que en la candidatura que le presentó el gobierno figuraban los ex ministros Molé y Siméon. Carlos X ponía cuidado en apartar del consejo á todos los hombres que podían darle fuerza y prestigio. «El rey procura debilitarnos, decían algunos ministros; para él no somos más que un gabinete de transición, una administración provisional.» En cambio, Martignac conservaba todas sus ilusiones.

Las leyes de Hacienda sometidas á la Cámara de los diputados en la segunda mitad de la legislatura se discutieron y votaron en medio de una gran confusión y de una serie de contradicciones que ora daban la ventaja á los liberales, ora á los amigos de Villèle, ó bien á la fracción que tenía por jefe al Sr. de La Bourdonnaie; un día á los partidarios de la más severa economía, y el día siguiente á los defensores de toda prodigalidad. La legislatura terminó en medio de los más siniestros augurios de golpes de Estado ó revolución.

El día antes de la clausura de las Cámaras, llegó de nuevo á París el príncipe de Polignac, con el inocente pretexto de respirar el aire natal para el restablecimiento de su salud quebrantada, cuando, en realidad, acababa de obedecer á una invitación directa de Carlos X, quien, habiendo recobrado su libertad de acción merced á la votación de los presupuestos y á la clausura de la Cámara, estaba impaciente por desembarazarse al fin de los ministros débiles que le habían impuesto las elecciones generales de 1827. El 9 de agosto, el monarca llamó al palacio de Saint-Cloud á los ministros Roy y Portalis, á quienes anunció la formación de un nuevo gobierno, rogándoles que avisasen á sus compañeros de gabinete para que presentaran la dimisión. El consejo se reunió el día siguiente y se trasladó á Saint-

Cloud, á fin de entregar sus carteras á Carlos X, que tuvo palabras de reproche para Martignac, de amargura para Vatismenil y de cólera para Feutrier. Sin embargo, el rey anunció á sus consejeros *destituídos* que se les concedería los favores con que se acostumbraba recompensar á los ministros dimisionarios; y, efectivamente, los señores Portalis, Hyde de Neuville y Caux fueron nombrados ministros de Estado; á los dos últimos se les señaló además una pensión de 12 000 francos anuales, que fué igualmente concedida á los señores Martignac, Vatismenil y Saint-Cricq. El Sr. de Caux fué agraciado, por añadidura, con la gran cruz de San Luis, y el Sr. de Martignac con la de la Legión de honor. El Sr. Roy, cuya inmensa fortuna no le indicaba para una gracia pecuniaria, fué hecho caballero de la orden del Espíritu Santo. A Portalis se le había recompensado ya con la primera presidencia del tribunal de casación, y á Bourdeau se le dió la primera presidencia del tribunal de Limoges. El único ministro que no recibió ninguna recompensa fué monseñor Feutrier; la verdad es que su crimen era imperdonable: este prelado había procedido á la preparación y ejecución de las medidas tomadas contra la Compañía de Jesús.

Aquel mismo día, por la noche, Martignac anunció el nuevo ministerio á Royer-Collard. «Semejante gobierno no se comprende, dijo el presidente de la Cámara; es un efecto sin causa. ¡Vamos! Carlos X sigue siendo el conde de Artois de 1789.» El nuevo ministerio se hallaba así constituido:

Negocios extranjeros, príncipe Julio de Polignac.

Guerra, conde de Bourmont.

Interior, conde de la Bourdonnaie.

Justicia, Sr. Courvoisier.

Hacienda, conde de Chabrol.

Marina, vicealmirante de Rigny.

Asuntos eclesiásticos é Instrucción pública, barón de Montbel.

No hubo jamás ningún ministerio cuya aparición causase una emoción más profunda, una inquietud más general ni una irritación más viva que la aparición del gabinete Polignac. Los adversarios más implacables de la casa de Borbón no hubieran podido escoger, para precipitar su caída infligiéndole ministros impopulares, una colección de hombres más odiados. Sus nombres, unidos á los recuerdos más tristes y desastrosos de los últimos cuarenta años, resumían todos los dolores, todos los fracasos de aquel pasado, la emigración y sus complotos, Waterlío y sus traiciones, la reacción de 1813 y sus furores. El lazo de confianza y afecto que unía el pueblo al monarca quedaba roto otra vez. La corte con viejos odios, los ultrarrealistas con sus prejuicios, el clero con su odio á la libertad se arrojaban entre la Francia y el rey.

El barón Louis, tío del vicealmirante Rigny, que esperaba su herencia, le obligó á rehusar la cartera de Marina que había solicitado y que fué confiada, quince días después, al barón de Haussez, prefecto de la Gironda.

«¡No más concesiones!; se ha reanudado el combate entre la Monarquía y la Revolución!» exclamaron los periódicos ultrarrealistas y clericales, consagrados á la defensa del nuevo gabinete. Este grito de guerra, pro vocación insensata de sectarios más fanáticos que los

mismos ministros, encontró al país dispuesto á recogerlo. La noticia del nombramiento del nuevo gabinete causó grande irritación en todo el reino. Con motivo de un viaje que en aquellos días hizo Lafayette por la Auvernia y el Lyonés, se organizaron en estas provincias imponentes manifestaciones liberales, siendo este general recibido por poblaciones enteras con entusiastas festejos que recordaban los prodigados á Carlos X durante su viaje á Alsacia. En cambio, el Delfín, que recorría en aquel momento parte de Normandía, no encontró á su paso más que silencio y frialdad. Esta frialdad y este silencio rodearon pronto también á la corte y al gobierno en París. El país entero se manifestaba hostil á la nueva situación, cuando los periódicos publicaron un acta cuyas estipulaciones organizaban el sistema de resistencia legal más enérgico que una nación pueda oponer á las tentativas anticonstitucionales de sus gobernantes. Era la organización de la resistencia al pago de las contribuciones, mediante una suscripción voluntaria para formar un fondo común destinado á indemnizar á los suscriptores de los gastos que pudiera ocasionarles aquella resistencia pasiva. La agrupación que acababa de dar tal ejemplo tomó el título de *Asociación bretona*. Inmediatamente se formaron con igual objeto y sobre las mismas bases Asociaciones en París, en la Lorena, en la Borgoña y en Normandía, las cuales obtuvieron en poco tiempo la adhesión de los principales diputados de la oposición y un considerable número de ciudadanos pertenecientes á todas las clases sociales, incluso el ejército. El gobierno mandó procesar, no á los socios, sino á los periódicos que hacían propaganda en favor de las Asociaciones, y la diversidad de sentencias recaídas en estos procesos indica el trastorno y las vacilaciones que la subida del nuevo ministerio introdujo hasta en el seno de la magistratura, así como la fuerza que en aquella época habían adquirido el nuevo derecho político y la legalidad constitucional.

El príncipe de Polignac, alma del ministerio, se figuraba que la irritación contra el gobierno era más ficticia que real, y que los ministros tenían que combatir, no una oposición formidable de todas las fuerzas vivas de la nación, sino un pequeño número de revolucionarios, fáciles de reducir á la impotencia. En Inglaterra se había familiarizado con la libertad de imprenta y hacía poco caso de los ataques de los periódicos; también se había vuelto entusiasta por las grandes industrias, por las poderosas empresas comerciales, por la independencia dejada á los intereses de cada localidad. Una monarquía fuerte, una administración más simplificada, una prosperidad material desarrollada por medio de grandes estímulos, relaciones marítimas más extensas, y la concesión de mayor libertad á la acción de los municipios y de los consejos generales, tales eran para Polignac las satisfacciones que necesitaban todas las clases de la sociedad francesa y que habían de desviarla de las luchas políticas. Y puso manos á la obra con todo el ardor de un espíritu que nada distrae del pensamiento que le domina. Después de organizar su ministerio, hizo concluir la redacción de un código consular empezado hacía años, abrió negociaciones comerciales con Prusia, Suecia y los Estados Unidos; buscó para los productos del país nuevos mercados en Asia, y pidió á los principales agentes políticos en el exterior

informes detallados sobre las instituciones municipales de los puntos de su residencia. Los demás ministros, exceptuando el del Interior, introducían útiles reformas en sus departamentos. La gestión del Sr. de Bourdonnaie fué una decepción para el rey y para todo el mundo. Carlos X esperaba encontrar en el jefe de la extrema derecha el brazo que había de domar á la Revolución, y resultó que al ministro del Interior le faltaba actividad y energía; la facultad de hablar fácilmente de todo había anulado en él la facultad de obrar. No queriendo estar supeditado á ninguno de sus compañeros, se opuso á que se nombrara presidente del gabinete, dimitió el primer día que los demás ministros acordaron suplicar al rey el restablecimiento de la presidencia del consejo. El Sr. de Montbel pasó al ministerio del Interior, siendo reemplazado en el de Instrucción pública por el Sr. de Guernón-Ranville, procurador general en Lyon. El mismo día, Polignac fué nombrado presidente del Consejo, al mismo tiempo que el Sr. de la Bourdonnaie, cuya fortuna era considerable, aceptaba una pensión de doce mil francos, se resignaba á ir á sepultar su fracaso en el silencio de la Cámara de los pares, y desaparecía súbitamente de la escena política después de tres meses y medio de ministerio. Ignorando las verdaderas causas de la modificación ministerial, el público la consideró como una nueva toma de posesión del poder por la Congregación, como el principio de una nueva política palaciega y clerical, resuelta á no hacer ya caso siquiera de las exigencias del sistema parlamentario. La inquietud y la irritación no hicieron más que aumentar, y dos sentencias absolutorias del tribunal real de París en otros tantos procesos intentados por el gobierno contra el *Courrier français* y el *Journal des Débats* probaron la resistencia que la misma magistratura estaba resuelta á oponer á las pasiones religiosas y ultramonárquicas de que eran acusados los nuevos consejeros de la corona.

El 1.º de enero de 1830, la familia real recibió, según costumbre, á todos los cuerpos constituidos. Después de escuchar con frialdad un breve discurso de felicitación del presidente del tribunal supremo (*Cour royale*), Carlos X contestó con estas duras palabras: «Magistrados, no olvidéis jamás los importantes deberes que tenéis que llenar. Demostrad, en bien de mis súbditos, que procuráis haceros dignos de las pruebas de confianza que habéis recibido de vuestro rey.» Al presentarse dichos magistrados á saludar á la duquesa de Angulema, ésta les dirigió una mirada llena de irritación y les despidió con un movimiento de abanico, lanzándoles esta sola palabra: ¡*Pasad!* En cambio, en su visita al duque de Orleans, el tribunal supremo fué objeto de una afable acogida. Aún se comentaban estos incidentes cuando el *Monitor* publicó el decreto de convocatoria de las Cámaras para el 2 de marzo. Llegó esta fecha y se abrió el Parlamento, en medio de la expectación general, en la sala de Guardias del Louvre. A las doce y media, los ujieres del cuarto del rey anuncian la Cámara de los pares, y luego la de los diputados. A la una, una salva de veintitún cañonazos anuncia que el rey sale de sus habitaciones. Momentos después, Carlos X, vestido de general, entra acompañado del Delfín y del duque de Orleans, en traje de pares de Francia y adornados con el gran cordón de la orden del Espíritu

Santo. La Asamblea estaba en pie y descubierta. Una vez en su trono, el rey, cubierto y en pie, dice: *Señores pares, sentaos*. El canciller añade: *Señores diputados, el rey permite que os sentéis*. Carlos X se descubre, saluda á la Asamblea, vuelve á cubrirse, se sienta en el trono, y empieza á leer su discurso. Después de haber anunciado el fin de las hostilidades entre Rusia y Turquía, y la elección de un rey para Grecia, añade:

«En medio de los graves acontecimientos que ocupaban á Europa, tuve que suspender el efecto de mi justo resentimiento contra una potencia berberisca; pero no puedo dejar más tiempo impune el insulto hecho á mi pabellón; la reparación brillante que quiero obtener, al satisfacer el honor de Francia, redundará, con ayuda del Todopoderoso, en provecho de la cristiandad.»

Este párrafo, que anunciaba el envío de una expedición armada al Africa y hubiera causado viva sensación en cualquiera otra circunstancia, fué escuchado en el silencio más profundo.

El día 3 de marzo, en la votación de las mesas, triunfaron todos los candidatos de la oposición, y el día 8, el rey nombró presidente de la Cámara, por tercera vez, á Royer-Collard. Uno y otro cuerpo colegisladores votaron sus Mensajes en contestación al discurso de la corona, y en ambos documentos se venía á declarar que las miras políticas del gobierno estaban en desacuerdo con las aspiraciones del país. Estos mensajes, y principalmente el de la Cámara electiva, ponía á la corona en la alternativa de destituir al ministerio ó disolver la Asamblea. Los ministros manifestaron que, llamados al poder por la voluntad del rey, sólo en virtud de las órdenes del rey lo abandonarían. Para el partido constitucional, la votación del mensaje era la sentencia de muerte del ministerio; para el partido ultramonárquico y clerical, era un atentado contra la prerrogativa real y una declaración de guerra contra la realeza. Ciertas amenazas de la prensa ministerial hicieron circular los rumores más alarmantes acerca de las resoluciones de Carlos X; pero mientras en la Bolsa y otros sitios públicos se afirmaba que éste no recibiría el Mensaje, el rey resolvía lo contrario en consejo de ministros.

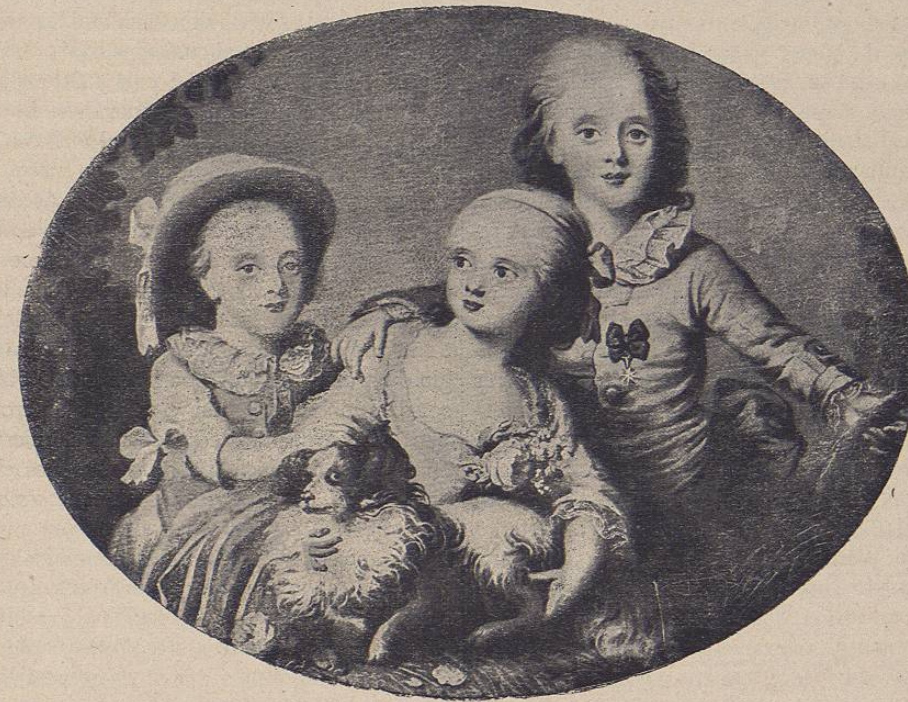
El monarca presidía estos consejos dos veces por semana, los domingos y los miércoles; las sesiones empezaban á la una y solían prolongarse hasta las cuatro. En el consejo de 17 de marzo se acordó la disolución de la Cámara. Pero como convenía dar á los agentes de la administración el tiempo de preparar para aquella batalla todos sus medios de influencia en cada circunscripción electoral, se convino en limitarse por el momento á prorrogar la Asamblea hasta el 3 de septiembre. El día siguiente, el rey recibió á la mesa y á la comisión de la Cámara encargadas de entregarle el Mensaje. Cuando el presidente hubo terminado la lectura de este documento, el monarca contestó con un breve discurso lleno de acritud, que terminaba con estas palabras: «Mis ministros os darán á conocer mis intenciones.»

«¡La Monarquía ha vencido!, ¡la Revolución deja de existir! ¡El rey no entregará su espada!» exclamaba el día siguiente el principal órgano del ministerio, mientras Polignac y sus compañeros de gabinete se disponían á ir á poner en conocimiento de las dos Cámaras las intenciones de Carlos X. En la de diputados, el se-

ñor de Montbel entregó al presidente un manifiesto del rey que prorrogaba la legislatura de 1830 hasta el 3 de septiembre próximo.

«En virtud de la ley, añadió Royer-Collard, la Cámara prorrogada se separa en este momento.» Los diputados de la derecha se levantaron en masa, agitando sus sombreros y gritando con extraordinaria vehemencia: «¡Viva el rey!» En la izquierda se oyeron algunos gritos de «¡viva la Carta!» «¡Viva la Constitución!» gritó un espectador de las tribunas. «¡Fuera el faccioso!» «¡fuera las tribunas!» contestaron algunos miembros de

rapidez. La organización de la resistencia al pago de los impuestos fué pronto su consigna, consigna tanto más obedecida cuanto que en la Asociación habían ingresado, además de los antiguos carbonarios, los bonapartistas y los viejos revolucionarios, que, viendo en esta organización un nuevo instrumento de lucha contra los Borbones, se habían apresurado á afiliarse en ella al lado de los liberales constitucionales y á aportar al esfuerzo común toda la energía de ardientes convicciones ó implacables resentimientos. La Sociedad ejerció una acción decisiva en los principales actos de oposición



Los hijos de Carlos X. (Cuadro anónimo existente en el Museo de Versalles.)

la derecha, que invocaron la autoridad del presidente para hacer evacuar en el acto la tribuna de donde partió la exclamación. Royer-Collard manifestó que su autoridad acababa de terminar con la sesión, y los diputados abandonaron el local en medio de la agitación más viva.

Aquel acontecimiento, ruptura ruidosa entre la corona y el poder electivo, fué acogido por los realistas como un acto de vigor que al fin ponía á la realeza fuera de tutela, y por los liberales como el principio de una crisis cuyo resultado les inquietaba. Un encuentro decisivo iba á tener efecto inevitablemente en el terreno electoral, y mientras los ministros tomaban en silencio las medidas que creían más convenientes para asegurarles el triunfo, la oposición replegaba sus fuerzas en reuniones abiertamente organizadas por la sociedad política conocida con el nombre de *Ayúdate y el cielo te ayudará*, fundada en 1822 con el principal objeto de difundir los escritos suprimidos por la censura, compuesta de pares de Francia, diputados, escritores y ciudadanos notables, y vigorizada después con el concurso de jóvenes llenos de ardor, antiguos carbonarios en su mayoría, que aportaban ahora doctrinas más firmes, ideas menos vagas y un fin más determinado. Así fortalecida, su acción fué más enérgica y se extendió con

de aquella época. Por indicación suya, los electores de cada departamento obsequiaron con banquetes y fiestas á los diputados que habían votado el Mensaje. París dió el 1.º de abril la señal de aquellas manifestaciones.

Mientras tales demostraciones inflamaban los espíritus, sembrando por doquier la cólera contra Polignac y los proyectos de golpe de Estado que sus propios periódicos le atribuían, este ministro entregaba á Carlos X un *informe confidencial* en que se afirmaba que las masas se ocupaban únicamente en sus intereses materiales; que la agitación de los espíritus era obra de la prensa periodística; que, con el objeto de debilitar al gobierno, ésta atribuía á los ministros intenciones culpables que éstos rechazaban con indignación; que la seguridad garantizada á los intereses particulares y la protección ofrecida á todas las industrias, llenaban los deseos del pueblo; que, lejos de verse motivos de inquietud, se veían en todas partes motivos de seguridad: instituciones firmemente establecidas y al abrigo de todo ataque; una hacienda y un comercio florecientes; una agricultura y una industria prósperas; ejércitos fieles; relaciones extranjeras tan satisfactorias como podía desear una nación satisfecha de su grandeza, exenta de proyectos de invasión, celosa de su independencia y de su gloria; pero que los planes concebidos por Su Majes-